





# Un episodio internacional

*los* **INTE**  
**MPEST**  
**IVOS**

HENRY JAMES

# Un episodio internacional

Traducción de Gabriela Díaz

Postfacio de Max Lacruz





Hace cuatro años, en 1874, dos jóvenes caballeros ingleses tuvieron ocasión de viajar a Estados Unidos. Cruzaron el océano en pleno verano y cuando llegaron a Nueva York el 1 de agosto, la febril temperatura de la ciudad les sorprendió sobremanera. Tras desembarcar en el muelle se encaramaron a uno de esos enormes autobuses elevados que transportan a los pasajeros a los hoteles y que, entre sacudidas y trompicones, inició su ruta a través de Broadway. El

aspecto de Nueva York en pleno verano no es quizás el más favorecedor, aunque no está exento de un aire pintoresco, e incluso brillante. Nada podría parecerse menos a una típica calle inglesa que la interminable avenida, rica en incongruencias, a lo largo de la cual avanzaban nuestros dos viajeros, observando a ambos lados la agradable animación de las aceras: los heterogéneos y coloridos edificios, las inmensas fachadas de mármol blanco que brillaban bajo la luz intensa y cruda en las cuales rótulos dorados se engarzaban en variadísimos toldos, pancartas y estandartes, la extraordinaria cantidad de ómnibus, coches de caballos y demás vehículos democráticos, los vendedores de bebidas refrescantes, los pantalones blancos y los grandes sombreros de paja de los policías y el paso airoso de los elegantísimos jóvenes sobre el asfalto; la luminosidad, la novedad y la frescura tanto de las personas como de las cosas. Los jóvenes caballeros habían intercam-



biado pocas observaciones, pero al cruzar Union Square, frente al monumento a Washington, bajo la mismísima sombra proyectada por la imagen del padre de la patria, uno de ellos comentó:

—Parece un lugar peculiar.

—Extraño, muy extraño —dijo el otro, que era el más listo de los dos.

—Lástima que haga un calor tan brutal —continuó tras una pausa el primero.

—Ya sabes que nos encontramos en latitud baja.

—Eso diría yo.

—Me pregunto —dijo el segundo después de un rato— si podríamos tomar un baño.

—Yo diría que no.

—¡Pues vaya! —exclamó su compañero.

Esta animada conversación fue interrumpida por la llegada al hotel, que les había recomendado un caballero americano a quien habían conocido en el barco y con el cual de hecho

habían intimado mucho; se había ofrecido a acompañarles y a presentarles, amablemente, al dueño. Este plan no obstante quedó frustrado cuando su amigo descubrió que su «socio» le esperaba en el muelle, y que su asociado comercial deseaba que acudiese de inmediato para atender ciertos telegramas procedentes de Saint Louis. Pero los dos caballeros ingleses, con su prestigio nacional y su gracia personal como únicas cartas de recomendación, fueron muy bien recibidos en el hotel, que ostentaba un aire de generosa hospitalidad. Descubrieron que la posibilidad de tomarse un baño no era inalcanzable, y las instalaciones de la suite destinadas a la inmersión prolongada y reiterada en la bañera les sorprendieron gratamente. Después de bañarse durante largo rato, más de lo que en realidad nunca antes habían hecho en una misma tarde, se dirigieron al salón comedor del hotel, que era un restaurante espacioso, con una fuente en medio, gran

cantidad de plantas altas en tinas decorativas y un ejército de camareros franceses. La primera cena en tierra después de un viaje por mar es, en cualquier circunstancia, un acontecimiento placentero, pero además había algo especialmente agradable en las circunstancias en que se encontraban nuestros jóvenes ingleses. Eran personas de carácter muy afable, más observadores de lo que parecía; de un modo algo torpe, casual y disimulado, eran tremendamente agradecidos. Éste era quizás especialmente el caso del mayor de ellos, quien, como he dicho antes, era además el de más talento.

Se sentaron en una pequeña mesa, lo que ya suponía una gran diferencia en comparación con el ruidoso vaivén del comedor del barco. Las amplias ventanas y puertas del restaurante permanecían abiertas bajo grandes toldos frente a la ancha acera, donde había otras plantas en tinas y se desplegaban varias filas de árboles, detrás de

los cuales había una plaza grande y sombreada con paseos de mármol y carente de empalizada. Por encima de la frondosa vegetación emergían otras fachadas de mármol blanco y piedra color chocolate, que se recortaban contra el profundo cielo azul. Allí fuera, bajo la luz, la sombra y el calor, se sucedía el campanileo de los timbres de los numerosos tranvías, y el constante tránsito, bullicio y rumor de muchos paseantes, una gran parte de los cuales eran jóvenes vestidas al estilo Pompadour.

En el interior, la sala estaba fresca y apenas iluminada; olía a flores y se oía un ruido de agua y de pasos de camareros franceses, como ya he dicho, sobre alfombras silenciosas.

—Se parece bastante a París, me atrevo a afirmar —dijo el más joven de nuestros dos viajeros.

—Es como París, sólo que más todavía —repliqué el otro.

—Supongo que será por los camareros franceses. ¿Por qué no hay camareros franceses en Londres?

—Me gustaría ver a un camarero francés en un club.

El inglés joven se sobresaltó un poco, como si a él no le pareciera buena idea.

—En París soy perfectamente capaz de cenar en un lugar en el que haya un camarero inglés. ¿Sabes ese sitio, cómo se llama, cerca de no-sé-qué-algo? Siempre me ponen un camarero inglés, supongo que piensan que no sé francés.

—Bueno, es que no sabes —dijo el mayor de los jóvenes ingleses desplegando su servilleta.

Su compañero hizo caso omiso del comentario.

—Lo que digo —continuó el otro al momento— es que deberíamos tal vez aprender a hablar americano, deberíamos tomar clases.

—Yo no puedo entenderles —dijo el más listo.

—¿Qué demonios nos estará diciendo? —preguntó su compañero, refiriéndose al camarero francés.

—Me está recomendando unos cangrejos de caparazón blando —contestó el más listo de los dos.

Y así, inmersos en la observación esporádica de la idiosincrasia de la nueva sociedad en la que se encontraban, los jóvenes ingleses empezaron a cenar, poniéndose las botas, como suele decirse, a base de bebidas refrescantes y platos elegidos de una larga lista que les ofreció el camarero.

Después de cenar, salieron y pasearon tranquilamente por las calles vecinas. Hacía su aparición el crepúsculo temprano del verano, que estaba ya en su tramo final, pero el calor era aún notable. El asfalto estaba caliente incluso para las robustas suelas de las botas de los viajeros

británicos, y de los árboles de la acera emanaban extraños olores exóticos. Deambularon por la plaza cercana, ese extraño lugar sin empalizada y con paseos de mármol de losetas blancas y negras. Había gran cantidad de bancos, todos ocupados por gente de aspecto desastrado, y los viajeros observaron, con gran acierto, que el lugar no se parecía demasiado a Belgrave Square. En uno de los lados había un enorme hotel que alzaba un ejército de ventanas abiertas e iluminadas hacia la cálida oscuridad. En la base de esta estructura populosa había un constante estruendo de coches de caballos, y a su alrededor, en una nube oscura, un siniestro zumbido de mosquitos. La planta baja del hotel se asemejaba a una enorme jaula transparente, que proyectaba un torrente de luz de gas a la calle convirtiéndola en un accesorio de su espectáculo, mientras absorbía y liberaba a los transeúntes con promiscuidad.